

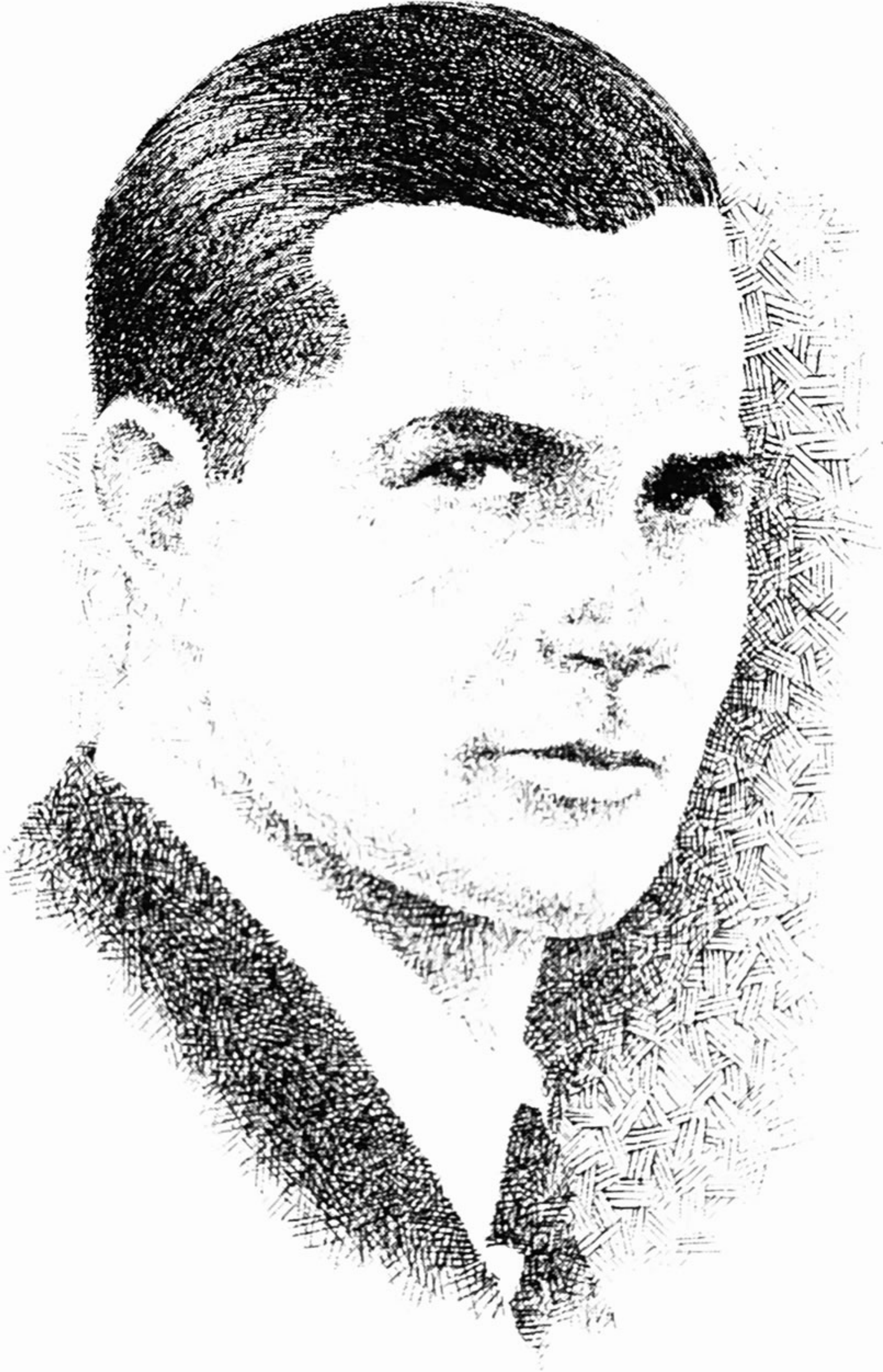
E D U A R D O P A Z


C E N T E N A R I O D E

S U N A C I M I E N T O

1907 - JUNIO 27 - 2007

T U C U M A N





Edición privada, para
la familia y los amigos del
doctor Eduardo Paz,
con un dibujo de Alejandro Ferreira.

Parece un lugar común recordar que Tucumán aportó muchos hombres importantes a la vida cívica de la provincia y de la nación.

El tiempo pasa siempre demasiado rápido. Y demasiado rápido también cambian las costumbres y las preocupaciones de la gente. De la mayoría de aquellas personas, sólo perdura, en el mejor de los casos, el nombre, si es que ha tenido la suerte de que se lo caiga en cuenta para bautizar una calle, o una escuela. Para el inmenso resto, no hay más que olvido.

Todo el fragor de vidas dedicadas a servir a sus conciudadanos, queda por breve tiempo en la

memoria de contemporáneos que poco a poco van muriendo. Después, el rastro sólo puede hallarse en un material impreso o escrito que ya nadie es capaz de leer, salvo algunos contados historiadores o periodistas curiosos. Nostálgico destino para vidas que merecerían atención y gratitud por parte de quienes recibieron sus beneficios.

Esa legión que se esfuma está formada, en parte considerable, por aquellos que el habla popular llama políticos **de antes**. La calificación quiere marcar la diferencia con los actuales, cuya actividad -salvo contadas excepciones- parece agotarse en la búsqueda impúdica de la ventaja personal.

Los **de antes** eran de otra madera, de otros valores y de otro estilo. Gente para la cual los trabajos de la campaña, del comité y del parlamento no fueron un camino para enriquecerse. Al contrario, resultaban simple expresión de algo sentido como un deber que se honraba con constancia y en silencio.

Es el grupo de hombres que integró el doctor Eduardo Paz. A un siglo de su nacimiento, merece honor su memoria.

* * *

Eduardo Paz nació en San Miguel de Tucumán, el 27 de junio de 1907. Era hijo del doctor Eduardo Paz y de doña Brígida Alurralde. Venía de familias de vieja tradición, como estancieros, como industriales azucareros y como hombres públicos. Su padre fue intendente municipal de Tucumán y diputado al Congreso Nacional. Su abuelo, Leocadio Paz, integró el grupo fundador de la Unión Cívica Radical, y su tío abuelo, el doctor Benjamín Paz, fue ministro del Interior en la presidencia Roca, además de presidente de la Corte Suprema de Justicia de la Nación. Otro de sus tíos, el doctor Manuel Paz, diputado nacional, tuvo rol clave -como lo narra Ramón J. Cárcano- en las

entrevistas entre Hipólito Yrigoyen y Roque Sáenz Peña, que desembocaron en la famosa ley del voto.

Y en cuanto a las antepasadas, las cuyas figuraban en la más honrosa historia espiritual de los tucumanos. Su bisabuela, Dorotea Terán de Paz, fue la presidenta fundadora de la Sociedad de Beneficencia de Tucumán, y su tía abuela, la célebre Elmina Paz de Gallo, dedicó su fortuna a ayudar a los huérfanos, para terminar tomando estado religioso, al frente de la Congregación de Hermanas Dominicas que fundó. Por el lado materno, su bisabuelo Agustín Alurralde fue gobernador interino de Tucumán, en los turbulentos comienzos de 1853.

Hubiera sonreído Eduardo Paz al leer estas menciones. Cualquiera que lo conoció, sabe que su conversación jamás tocaba el tema de antepasados, ni de pergaminos históricos, de los que muy poco sabía y que nada le interesaban. Para él, los antecedentes

Parece un lugar común recordar que Tucumán aportó muchos hombres importantes a la vida cívica de la provincia y de la nación.

El tiempo pasa siempre demasiado rápido. Y demasiado rápido también cambian las costumbres y las preocupaciones de la gente. De la mayoría de aquellas personas, sólo perdura, en el mejor de los casos, el nombre, si es que ha tenido la suerte de que se lo caiga en cuenta para bautizar una calle, o una escuela. Para el inmenso resto, no hay más que olvido.

Todo el fragor de vidas dedicadas a servir a sus conciudadanos, queda por breve tiempo en la

familiares se resumieron en un conjunto de valores que incorporó naturalmente a su espíritu, y a los que supo hacer honor, en silencio, a lo largo de toda su vida. Creció en un ambiente donde se tenía a la posición social y económica como inseparable del servicio público. Era el varón mayor de seis hermanos: Clara, que falleció soltera a los 19 años; Carmen, esposa de don Ricardo Frías, legislador e industrial azucarero; María Elisa, casada con el doctor Prudencio Santillán, médico y rector de la Universidad Nacional de Tucumán; Luis María, y **Bebe**, muerto a causa de un accidente en la niñez.

Cursó en Tucumán el Colegio Sagrado Corazón, de los Padres Lourdistas. De esa época databan sus más antiguos amigos comprovincianos, Pedro Fagalde, José Ignacio Aráoz, Lauro Fagalde. Completó la secundaria en el Colegio porteño "Carmen Arriola de Marín", bajo la tutoría del doctor Enrique Ruiz Guiñazú. Entre sus condiscípulos, estaban Alberto y

César Blaquier, en cuya casa pasaba los fines de semana: nació entonces una de esas amistades de Buenos Aires que lo acompañarían toda la vida, y a las que agregó luego las de Raúl Salaberren, Horacio Zorraquín Becú, Felipe Yofre, además de sus queridos primos Paz-Mariño: Leocadio, Ignacio y Alejandro. A los estudios de Derecho los inició en Santa Fe -donde anudó otra firme amistad, con Luciano Molinas hijo- pero al título de abogado lo recibiría, muchos años después, en la Universidad de Buenos Aires. Nunca ejerció la profesión. Graduarse no significaba nada más que el cierre adecuado de una etapa. Sin duda, hallaba la vida política mucho más atractiva y apasionante que el mundo de los pleitos.

* * *

Es que la política le interesaba desde muy joven. Se complacía en recordar una anécdota de los años

veinte, en Buenos Aires. Un día en que fue a ver a su padre al Jockey Club, le atrajo enormemente ver sentados a su mesa, entre otros amigos, nada menos que a Lisandro de la Torre y a Julio Roca, hijo del general.

Después de la revolución de 1930, formó en el grupo que constituyó -a comienzos de diciembre de ese año- el Partido Demócrata Nacional. Este integraba, junto con el radicalismo antipersonalista, la Concordancia, coalición que llevó a la presidencia de la República, para el período 1932-38, al general Agustín P. Justo. El Partido Demócrata postuló al doctor Paz, en 1934, para una banca de diputado por el departamento Capital. Fue elegido y se incorporó el 10 de abril de ese año. El 25 debutó con una larga exposición en apoyo del juicio político al gobernador Juan Luis Nougués.

Semanas más tarde, con ocasión de una réplica al diputado Armando Castillo, en la sesión del 16 de

mayo, haría la historia de su filiación cívica. Sin ser dirigente, ni orador, ni afiliado, "fui simpatizante del Partido Radical hasta 1930", dijo. "Pero hechos posteriores que se produjeron en el país, que no pertenecen a partido político alguno ni a sectores sociales especiales; que pertenecen a la historia por la trascendencia de los hechos mismos, produjeron en mi espíritu una honda reflexión". Comprendió "que era necesario cuadrarse frente a ese personalismo entronizado que ya tenía las proporciones de un verdadero cáncer social. Comprendí que era necesario ir pensando en la formación de partidos políticos que no se orientaran en hombres providenciales, que se convierten en odiosos unícatos; que debía formar parte de partidos con principios y programas públicamente confesados". Por eso, agregaba, "milito en el Partido Demócrata Nacional con honor, con altivez y con orgullo. Creo que no he claudicado en ningún momento de mis sentimientos democráticos", y que "he contribuido modestamente a la formación de un

nuevo partido, en el que han podido entrar con honor los agrarios, los hombres de trabajo y también los industriales que quisieran colaborar sinceramente en la obra de reconstrucción política, social y económica de la provincia”.

Había encontrado su verdadera vocación. Pronto se perfiló como aquel político tucumano que describió Juan B. Terán. El hombre que buscaba “sin remisión y sin dobleces, como el aire propicio y la luz amiga, la contradicción del debate, la tribuna libre del comité, la responsabilidad de las horas decisivas, la emoción de las muchedumbres congregadas, la atracción azarosa de la lucha y sus accidentadas peripecias”.

* * *

Su período se extendía hasta 1938, pero lo interrumpieron las turbulencias del enjuiciamiento

del gobernador y la posterior intervención federal. Esta decretó la caducidad de la Legislatura, a comienzos de junio de 1934. Convocadas las nuevas elecciones, otra vez el doctor Paz fue elegido diputado, para el tramo 1935-1938. Haría demasiado fatigoso este texto, la enumeración de las decenas de iniciativas que proyectó o que apoyó con su voto en las sesiones de aquella laboriosa Legislatura de los años treinta.

Nos detendremos en una, al azar: su proyecto de 1937, de creación del Departamento de Protección a la Niñez Escolar, que fundamentó en detalle, ofreciendo las cifras actualizadas y minuciosas de la deserción de alumnos primarios en la provincia. “Un hondo dolor abate muchos hogares tucumanos”, afirmaba en la conclusión. “Su tragedia se traduce en los casi 20.000 alumnos que evidencian insuficiencia mental para asimilar la enseñanza; los millares de jóvenes de veinte años que anualmente son rechazados del Ejército Argentino por taras o por insuficiencia física. Todo ello

muestra el grave peligro de la degeneración de la raza y de la disminución de nuestro pueblo en su capacidad de trabajo”.

Una recorrida por los Diarios de Sesiones, permite apreciar la calidad de su intervención frecuente y decidida en asuntos tan espinosos como la ley reguladora de la producción azucarera, o la renovación del contrato de la Compañía Hidro Eléctrica de Tucumán. Se perfiló desde el comienzo como hábil parlamentario, como expositor sereno y equilibrado. Dueño de su carácter, nunca tuvo la tentación de la réplica destemplada; pero cuando la recibió, supo contestarla con firmeza y con altura.

En todas sus intervenciones, convocaba sinceramente a los legisladores a elevarse por encima de las cuestiones pequeñas, para mirar en dirección a los grandes intereses de la provincia.

Pronto el doctor Eduardo Paz adquirió una enorme popularidad, entre la entonces cuantiosa masa

de votantes conservadores. Para la gente del pueblo era el **Niño Lalo** y aplaudían a rabiar, en las giras agotadoras de cada campaña electoral, a este hombre joven, apuesto y sonriente, que no solamente hablaba y prometía. También era incansable para gestionar lo que le pidieran, y generalmente lo conseguía. La gente se sentía interpretada por su diputado.

El legislador va más allá de exponer y debatir en las sesiones. Si asume su banca con responsabilidad -y el doctor Paz lo hacía- se convierte en portavoz natural de las necesidades del pueblo y en marcador de las fallas en las instituciones. Ese pueblo no se cansa de requerirle cosas, y su popularidad crece en relación directa con el entusiasmo y la eficacia que aplique para obtenerlas.

A tal faena pesada y de todos los días, se sumaba la del comité. Echar aceite sobre los conflictos internos, calmar a los descontentos, reconciliar a los

enfrentados, armar las estrategias para extender la influencia del partido. A todo eso lo llevó a cabo con un entusiasmo que no conoció desmayo.

El 26 de setiembre de 1935, tras varios años de noviazgo, se casó con Elina Leston, hija del industrial Eduardo Leston -uno de los propietarios del ingenio Concepción- y de doña Elina Vallejo. Era **Beba** una exquisita mujer, llena de encanto, de inteligencia y de sensibilidad, ideal compañera en un matrimonio que se prolongaría por espacio de 53 años. La ceremonia se realizó en la basílica de Santo Domingo de Tucumán, apadrinada por doña Brígida Alurralde de Paz y por don Eduardo Leston. Pronto fueron llegando los hijos. El mayor fue Eduardo, **Teddy**. Después, María Elina, Juan José, Marcelo y Cristina.

El matrimonio había trasladado su residencia a Buenos Aires. Primero se instalaron con los hermanos Leston, en la casa de la entonces avenida Alvear -hoy del Libertador- 3.134. Luego pasaron a vivir en la

misma arteria, cruzando Coronel Díaz, y en 1944 tuvieron la casa definitiva, un piso en la avenida del Libertador 2.315.

* * *

Un año antes de concluir su período en la Legislatura de Tucumán, en 1938, el doctor Paz fue elegido diputado nacional por Tucumán. Se incorporó a la Cámara en abril de ese año. Empezaba así a actuar en el alto mundo de la política. Ilustres figuras del civismo argentino tenían, por entonces, bancas de diputados al Congreso. Basta citar nombres como Vicente Solano Lima, Emilio Hardoy, José Aguirre Cámara, Reynaldo Pastor, Carlos Aguinaga, Raúl Damonte Taborda, José Peco, Enrique Dickmann, Américo Ghioldi, Nicolás Repetto, Emilio Ravignani, Ernesto Sanmartino, Carlos Sánchez Viamonte, Juan Antonio Solari, Emir Mercader, Agustín Rodríguez Araya, para mencionar algunos. Y, entre los

comprovincianos, se hallaban Juan Simón Padrós, Fernando de Prat Gay, Ramón D. Paz Posse, Manuel Andreozzi, Solano Peña.

Los sucesivos presidentes entre 1932 y 1943 -el general Agustín P. Justo y los doctores Roberto M. Ortiz y Ramón S. Castillo- tuvieron gran consideración por el doctor Eduardo Paz, y le dispensaron fluido trato. Con Justo, llegó a cimentar una amistad franca y afectuosa, que se extendió hasta el fin de la vida del general.

La prensa de la época registra claramente la gravitación que Paz había adquirido ya en la política nacional. Entretanto, iba y volvía siempre de Tucumán, a cuyas cuestiones cívicas prestaba la más despierta atención. Pronto una de ellas alcanzaría singular complicación.

En 1942, se realizaron las elecciones para renovar la gobernación de la Provincia, entonces a cargo del doctor Miguel Critto, de la Unión Cívica

Radical. El oficialismo se impuso, por muy pocos votos, sobre el Partido Demócrata Nacional. Pero este - que llevaba como candidato al doctor Adolfo Piossek - logró superar en un elector a los radicales. La situación derivó en sonadas impugnaciones, en una polémica sobre el número legal para sesionar y, finalmente, en la división del Colegio Electoral en dos mitades.

La del Partido Demócrata se negó a formar **quórum**, con lo que todo quedó trabado. El presidente Castillo primero intervino por decreto el Colegio, y luego extendió la intervención a la Provincia. Al convocarse a una nueva elección, el candidato conservador Piossek retiró su nombre. Tras activas gestiones (que incluyeron un arreglo con la fracción de los "cívicos independientes"), el doctor Eduardo Paz - flamante presidente de los demócratas en la provincia - asumió también la presidencia de la Junta de Gobierno de los fusionados.

Como un conjunto de disconformes insistía en la candidatura Piossek, se acordó entregar la cuestión al arbitraje inapelable del presidente del Comité Nacional del Partido Demócrata, Gilberto Suárez Lago. Este resolvió que Paz sería el candidato. "Creo firmemente que mi decisión interpreta el alto interés de la provincia y, además, el sentimiento de la inmensa mayoría del partido", expresó Suárez Lago.

Así, el doctor Eduardo Paz fue proclamado candidato a gobernador de Tucumán, para las elecciones que se convocaron el 1º de junio y que debían realizarse el 1º de agosto de 1943. No se contaba, por cierto, con la revolución del 4 de junio. Esa mañana, los militares derrocaron al presidente Ramón S. Castillo, y abrieron la etapa que desembocaría en la presidencia de Juan Domingo Perón.

No es descabellado suponer que, de no producirse la rebelión del Ejército, el doctor Eduardo Paz poseía las chances más serias de llegar a la

gobernación de Tucumán, que los conservadores habían tenido en sus manos, por última vez, en 1913-17, tiempos del doctor Ernesto Padilla.

* * *

A lo largo de las dos presidencias sucesivas de Perón, que se extendieron desde 1946 hasta su derrocamiento en 1955, el doctor Paz se comprometió en una resuelta acción opositora. El anecdotario familiar recuerda, por ejemplo, que apoyó sin titubear el levantamiento del general Benjamín Menéndez, en septiembre de 1951, e inclusive llevó hasta Campo de Mayo la respectiva proclama. Fracasada la rebelión, tuvo que permanecer oculto durante varios días. No quiso informar sobre su paradero a la familia. Lo único que ésta sabía es que debían asomarse diariamente al balcón, a las 5 de la tarde, y mirar hacia la esquina: si el auto del doctor Paz -un imponente La Salle negro-

pasaba por Coronel Díaz, quería decir que las cosas iban bien para él; si en cambio lo hacía por avenida del Libertador, era señal de todo lo contrario.

Otro vívido recuerdo familiar es el de las reuniones de la Junta de Gobierno del Partido Demócrata Nacional, por esa época. Se realizaban, casi clandestinamente, en la casa de Paz. Evocan sus hijos que, en julio de 1955, luego del bombardeo del mes anterior a Plaza de Mayo, Perón convocó a la “pacificación nacional”, y llamó para entrevistas conciliadoras a las cabezas de la oposición. Varios dirigentes demócratas se abstuvieron. Pero Eduardo Paz era el más entusiasta por concurrir a la Casa Rosada y así lo hizo, junto con Reynaldo Pastor, Felipe Yofre y Rodolfo Corominas Segura. Narraba que Perón le causó una excelente impresión, por su cordialidad. Inclusive, accedió de inmediato a liberar a los presos políticos por los que Paz pidió, entre ellos el socialista Carlos Sánchez Viamonte.

Su disposición a entablar contactos con el peronismo, no era sino una realista concepción de la política. Tenía claro que esa fuerza mayoritaria estaba instalada en la vida de la Argentina, y que incurría en ceguera quien tratase de sofocarla o de ignorarla.

Al producirse la "Revolución Libertadora", que derrocó a Perón en 1955, se congratuló ante la posibilidad del regreso de la democracia. Tuvo una excelente relación con el presidente provisional, general Pedro Eugenio Aramburu, pero eso no modificó el balance que se había formado ya sobre las posibilidades cívicas del país.

Así, no titubeó en alinearse con su viejo correligionario y amigo, el doctor Vicente Solano Lima, en una escisión de los demócratas nacionales. Tal fue el Partido Conservador Popular, que se fundó en 1956 y que se presentó a las elecciones presidenciales de 1958. En un país que se dividía en peronistas y antiperonistas, los "conservadores populares"

sostenían, resueltamente, la necesidad de la integración. Se vivía una nueva época, y las antiguas ideas no tenían otra opción que renovarse de raíz o desaparecer.

En los comicios de 1958 triunfó Arturo Frondizi. Sería derrocado en 1962, aunque se mantuvo una tenue legalidad con su reemplazo por el presidente del Senado, doctor José María Guido. En esa época, la gran amistad con el ministro del Interior, doctor Rodolfo Martínez (h), determinó que Paz influyera decisivamente en la designación del gabinete de la Intervención Federal en Tucumán. Luego de las elecciones de 1963, asumió el doctor Arturo U. Illía. Terminó desplazado por los militares, en 1966. Se inició entonces el largo período de la "Revolución Argentina", que condujeron sucesivamente los generales Juan Carlos Onganía, Roberto Levingston y Alejandro Agustín Lanusse. Aunque el doctor Paz tenía fluido trato con altos jefes militares, empezando por Onganía y siguiendo por generales de la

importancia de Pistarini, López Aufranc, Laprida o Sánchez de Bustamante, nunca aceptó desempeñar función alguna -y le fueron ofrecidas muchas- durante los gobiernos **de facto**. Su postura era siempre la de restablecer el sistema democrático a todo trance.

Le parecía el único camino para el propósito que nunca se cansó de sostener: la urgencia de una verdadera reconciliación nacional.

* * *

Hacia 1970, se hizo evidente que el gobierno militar estaba agotado. En noviembre de ese año, el Partido Conservador Popular -junto con el Justicialista, la UCR, el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), el Socialismo Argentino y la Democracia Progresista- coincidieron en un frente, denominado "La Hora del Pueblo". En marzo de 1971, el general Alejandro Agustín Lanusse asumió la

presidencia y convocó a elecciones. La familia guarda recuerdo de la firmeza con que el doctor Eduardo Paz, en nombre de las agrupaciones coaligadas, requirió al ministro del Interior, doctor Arturo Mor Roig, que los comicios presidenciales se realizaran sin exclusiones. Tal firmeza le valió las felicitaciones que Juan Domingo Perón le hizo llegar personalmente, por teléfono. Perón había regresado por primera vez al país, y en el restaurante "Nino" mantenía las entonces famosas reuniones con dirigentes de los partidos políticos, a las que naturalmente asistían Paz y Lima.

Organizados finalmente los comicios, el peronismo integró -con los partidos Conservador Popular, Popular Cristiano y Movimiento de Integración y Desarrollo- el denominado "Frente Justicialista de Liberación". Esta coalición obtuvo cómodamente la presidencia con la fórmula Héctor Cámpora-Vicente Solano Lima, en 1973. En Tucumán, el doctor Eduardo Paz fue elegido senador al Congreso de la Nación.

Lamentablemente, el enésimo intento de restauración democrática del país volvió a frustrarse. La crisis económica y, sobre todo, la violencia de la guerrilla, determinaron que la administración del Frente fuera a los tumbos. Debieron renunciar Cámpora y Lima y, tras el interinato de Raúl Lastiri, las nuevas elecciones instalaron en el poder a la fórmula Juan Domingo Perón-María Estela Martínez de Perón. El líder justicialista murió en 1974, y dos años después se producía un nuevo golpe militar, que expulsó a su esposa.

El doctor José Antonio Allende, quien fue presidente del Senado en aquella época y gran amigo del doctor Eduardo Paz, testimonió con frecuencia el papel de extrema importancia que correspondió a éste en la Casa Rosada, durante la atribulada etapa 1973-76. Su experiencia, su tino y su discreción, no sólo le ganaron la confianza sincera de Perón. A cargo del doctor Paz corrió toda la instrumentación de las renunciaciones de Cámpora y Lima. Según Allende, fue Paz

quien redactó, con Alberto Fonrouge, los documentos claves y fijó las estrategias que encaminaron esa crisis. Sería testigo de la más recóndita intimidad de tales episodios, que figuran entre los de mayor tensión de nuestra historia cívica, en los años finales del siglo XX.

Después, el golpe de 1976, al disolver el Poder Legislativo, puso término a la senaduría nacional del doctor Eduardo Paz. Diez días más tarde, demostraría su entereza frente a los nuevos ocupantes de la Casa Rosada, que iniciaban el “Proceso de Reorganización Nacional”. Sin importarle la barrera de soldados con armas largas, estacionó su coche al frente del edificio oficial. Pidió hablar con el ministro del Interior, general Albano Harguindeguy, quien lo recibió en el acto. Paz le reclamó enérgicamente por la injusta detención política que había sufrido su hijo Marcelo en Tucumán. Recibió del ministro todas las explicaciones y disculpas por el error cometido.

Ya no volvería a ocupar cargos electivos. Pero mantuvo despierto y alerta su interés de siempre en la política, como también la incansable prédica a favor de la conciliación. Su casa de la avenida del Libertador, continuó siendo centro de reunión de todas las figuras del civismo argentino, en sus más diversas tendencias. En las comidas que ofrecía para grupos selectos de invitados, la conversación enfocaba una y otra vez la actualidad del país. Era una mesa donde no se hablaba del pasado, sino del presente y del futuro. Lo rodeaba un gran respeto de parte de todos los partidos, y en 1983, al restaurarse definitivamente la democracia, el presidente Raúl Alfonsín lo llamó para escuchar sus puntos de vista sobre la actualidad política.

Poco después, los años le cayeron encima. Ya no salía de la casa. Empezó a invadirlo el desgano y a preferir el silencio. Advirtió, con lucidez, que su organismo ya no le respondía como antes. Murió serenamente en Buenos Aires, el 30 de junio de 1988,

tres días después de haber cumplido 81 años. Su esposa lo sobreviviría hasta el 5 de julio de 1994.

Aunque rápida y breve, esta mirada a su trayectoria quiso arrimar elementos para fijar el perfil público del doctor Eduardo Paz. Que fue, sin discusiones, una de las grandes figuras del civismo argentino, protagonista y testigo del medio siglo acaso más turbulento de la historia política nacional.

* * *

Al lado del diputado y senador nacional, del dirigente político en constante acción, había otro Eduardo Paz. Es el que quisiera acercar a quienes lo trataron, en la parte de este escrito que es “para los propios, no para los extraños”, como decía Nicolás Avellaneda.

Tenía a flor de piel una cordialidad cariñosa, auténtica porque le salía de lo más profundo.

Rápidamente se entraba en confianza con él, y era fácil convertirse en su amigo. Se interesaba de inmediato por los problemas que le confiaban y ofrecía su ayuda aún antes de que se la pidieran. No sólo la ofrecía, sino que la proporcionaba realmente.

Como tenía amigos y gente que lo respetaba en todas partes, a todas partes podía llegar para pedir por otros. Me consta personalmente que no titubeó en mover a sus amistades más encumbradas, para satisfacer las urgencias que había tomado bajo su preocupación. Urgencias pequeñas y también de las grandes, daba lo mismo. Además, oí muchas veces, a quienes saben de esas cosas, decir que el diario **La Gaceta** pudo escapar a la voracidad expropiatoria del primer peronismo, gracias a que **Lalo Paz**, a pesar de su condición de opositor, se las ingenió para tocar a tiempo los resortes adecuados.

Así es que muchísima gente, importante o común, le fue deudora de grandes favores. No sé si

todos se los reconocieron. Agregaré que, a su carácter firme, unía un coraje sereno y comprobado en más de una ocasión.

Hará cuarenta años que lo conocí, en casa de su cuñado Ricardo Frías, en Villa Nougués. Había ido por unas horas a buscar a su hijo Juan José, que pasaba allí una temporada, y con quien había iniciado yo una amistad que sólo cancelaría su prematura muerte. Ni bien le estreché la mano, la sonrisa cordial, la mirada franca y firme, el afecto con que preguntó por mi padre, me conquistaron.

Cuando poco después hice el servicio militar en Buenos Aires, fui habitual invitado a almuerzos y comidas en la avenida del Libertador 2.315. Era la primera vez que el mozo provinciano se alejaba de Tucumán por varios meses y, a pesar de las luces de Buenos Aires y de los muchos nuevos amigos, era frecuente que la nostalgia de la tierra y de la familia me mordieran el alma. Todo eso, que Groussac llamó "las

horas amargas de la soledad en la multitud", desaparecía cuando entraba a la casa de los Paz.

Cierro los ojos y evoco sin esfuerzo los amplios ambientes del escritorio -en una de cuyas bibliotecas recuerdo la fotografía dedicada del presidente Castillo-, del living, del comedor, todo iluminado un domingo de invierno por torrentes de sol. Allí fluían el afecto, la alegría, la amistad, todo lo cual yo sentía como profundamente tucumanos. Eran como un manto protector que me envolvía largas horas, para devolverme, ya resignado y alegre, al bullicio de la "Reina del Plata".

En la mesa de **Lalo Paz**, jamás escuché, a él ni a **Beba**, hablar destempladamente de nadie. Si en la conversación alguno insinuaba juicios negativos, no podía contar con el apoyo de los jefes de familia, y sí más bien con su desagrado. Me parecían personas de su tiempo, siempre dispuestas a comprender, y que un aliento de sensatez, de distinción y de buen gusto

estaba detrás de todas sus palabras y de sus juicios. Tenía con los hijos y las hijas una relación encantadora, que se percibía hasta en la forma de mirarlos.

La postura física de **Lalo** era legendaria y la conservó hasta su muerte. La realzaba una austera elegancia para vestirse. Elegancia verdadera: aquella difícil porque es natural, porque carece de acartonamiento, y porque forma una sola cosa con los gestos y con los ademanes.

Así lo vi en Buenos Aires y después -¡tantas veces!- en Tucumán. Fui invitado muchas veces a su estancia de **La Paz**, en las cercanías de San Pedro de Colalao. Allí criaba, además de hacienda, sus queridos caballos peruanos. Elegía, por las tardes, en el corral, el que iba a usar esa vez, y disponía detalladamente la montura y los arreos con que debían ensillarlo. Ni qué decir que, como sus antepasados, era un jinete tan diestro como desenvuelto y garboso.

Para la hora de la comida, usaba la chaquetilla con "nido de abeja" del traje salteño, un pequeño pañuelito de color anudado al cuello y pantalón claro sobre las impecables botas hechas a medida. Advertía que era obligatorio acostarse temprano, después del café: "horario de estancia", solía decir. La gente joven asentía y, por supuesto, ni bien retirados **Lalo** y **Beba** a su dormitorio, la reunión continuaba, si bien más silenciosa, hasta cualquier hora. Felices tiempos que no volverán.

Muchas veces, en la breve sobremesa, me las arreglaba para extraerle anécdotas de los tiempos de Justo, de Ortiz y de Castillo. No era difícil llevarlo a ese terreno, que se vinculaba con su gran pasión. Entonces empezaban a desfilar las figuras de aquel tiempo, rodeadas de algo así como "una antigua majestad". El toque vívido y personal que ponía en su narración, más de una vez me hizo lamentar que no hubiera escrito sus memorias. Y pensar que no atiné a ofrecerme como amanuense.

Me conmovió la noticia de su muerte, en aquel ya lejano invierno del 88. No sabía que estaba enfermo y me parecía natural pensar que siempre lo encontraría, en algún momento, como todos los años.

Ha quedado así, en mi memoria, como un gentil caballero que representaba lo mejor de nuestra sociedad: por su bondadoso corazón, por su infinita capacidad para comprender y para ayudar, por la discreción que rodeaba todas sus actitudes, por el estilo cautivante de su trato lleno de señorial distinción.

Carlos Páez de la Torre (h)

Se terminó de imprimir
en el mes de junio de 2007
en el taller
"Gráfica Lucas"
San Lorenzo 482
San Miguel de Tucumán

